

retablo del Renacimiento, sobre el cual el cura ha adosado el más estúpido de los confesionarios. Anda-se también, pisoteándolo sin consideración, por encima de un bajo relieve del siglo xvi que representa la venida del Espíritu Santo y donde se ven todavía algunas pinturas antiguas. En Dol, una tumba del Renacimiento va reduciéndose á polvo. En Avranches quedaba un pilar de la demolida catedral, y lo han derribado. En Coutances toda la catedral llama al escándalo. Han deformado una ojiva del siglo xiv para encuadrar en ella un absurdo altar con sol de oro que cuesta cuatro mil francos. Hay dos gruesas paredes de yeso á través del crucero. El arquitecto del departamento, un tal Duchêne ó Deschênes, había empezado á embadurnar la nave de amarillo brillante, con bóvedas blancas y nervios encarnados. El clamor público le detuvo en la cuarta parte de su barbaridad. Me informé, y el embadurnar una catedral como la de Coutances cuesta de veinte á veinticinco mil francos. En San Lô dejan que se caiga, por falta de reparación, la admirable iglesia que tiene dos campanarios tan hermosos como el gran chapitel de San Dionisio. Un cura que se hallaba allí me respondió que no había fondos. Yo objeté que las Cámaras confiaban al gobierno algunos fondos para la conservación de los monumentos públicos. Pero me respondieron que la iglesia de San Lô no era de las consideradas como monumentos por el gobierno. ¡Oh ineptia! ¡Y se escupen millones con la mayor tranquilidad del mundo para la Magdalena y el muelle de Orsay!

En esa iglesia de San Lô hay un detalle único, al menos no lo he visto más que aquí; es un púlpito exterior con puerta en la iglesia, desde el cual el sacerdote arengaba al pueblo; todo él esculpido como se esculpía en el siglo xv. El último alcalde de la villa quería derribarlo para alinear la calle. La junta de

obreros se opuso. Las vidrieras de la iglesia están en un estado deplorable. Las restauraciones que se han intentado no pueden ser más horribles.

No importa, me place haber entrado un momento en las iglesias y catedrales. Coutances y San Lô me han abierto los ojos. En los puertos de mar no hay monumentos. Las ciudades marítimas son como las capitales, gastan pronto sus edificios. Hay demasiado roce de población para que la ciudad no se renueve con frecuencia.

No por ello dejaré de ver Cherburgo con placer; no tan sólo porque encontraré el mar, sino porque tus cartas me esperan allí, Adela mía. Lo necesito. Hace quince días que estoy privado de ti, de tu dulce é indulgente sonrisa, de la alegría de mis amados pequeñuelos. ¡Tengo sed de veros! Mientras tanto, leeré tus cartas. Y las tendré pronto. Todo mi gozo se halla ahora en esta idea. Adiós, Adela mía, hasta pronto. Diviértete mucho.

En el momento de cerrar esta carta, un señor de la diligencia pide para comer una sopa y fresas. Esto se llama dejar la comida entre dos paréntesis.

Barneville, 1.º de julio, viernes.

Espero que no te quejarás de la escasez de mis cartas. Es que tengo necesidad de tu pensamiento, Adela mía, cuando no estás presente. Espero que estás bien siempre ahí, que no dejas que se te acerque el aburrimiento, que de vez en cuando te acompaña alguno de nuestros buenos amigos. Yo parto dichoso, pues mañana estaré en Cherburgo y tendré tus cartas.

Ayer vi dos hermosos campanarios ingleses, el de Carentán y el de Periers. En la iglesia de Carentán hay un curioso capitel formado de ovas entrelazadas. Los artistas de aquel tiempo grande y candoroso no iban á buscar ni el acanto ni el loto. Tomaban por modelo lo que hallaban bajo mano, la col ó el cardo en el interior de las tierras, las ovas en la orilla del mar.

Todas las iglesias de esta parte de Normandía, San Lô, Carentán, Periers (la progresión es decreciente), derivan de la de Coutances. Los admirables chapiteles de Coutances, severos como el campanario mayor de Chartres, ligeros como la aguja de San Dionisio, parecen haber rebrotado aquí y allá, con algunas variantes, en diversos puntos del país.

No me quejo de ello. Cuando uno de esos calados chapiteles de bonito color amarillento surge de pronto detrás de una colina, es un magnífico acontecimiento en el paisaje.

Nada curioso he visto, por otra parte, como no sea una mujer alta, seca y enjuta que ha compartido con el conductor y yo el imperial desde San Lô á Caren-

tán, muy circunspecta, muy fina y muy inteligente, una sabihonda vestida de blanco, de pelo rojo, una especie de inglesa tricolor. Y digo inglesa, porque de tal tenía el acento, y porque Inglaterra es la más fecunda en ese género de tulipanes. Me figuré que era la señora Trollope, y esto me dió una pasión de risa que pareció escandalizarla soberanamente.

Al entrar en Carentán recibí una penosa impresión. Una desdichada muchacha cretina, sin frente y sin barbilla, alta y babeándose las manos, estaba sentada al umbral de una casa, y nos miraba al pasar con triste ademán. Dícese que esos seres no sufren; pero yo estoy seguro que algo sufría en su interior. ¡Pobre alma encarcelada!

Pero una cosa más triste aun acabo de ver en Port-Bail.

Iba andando á pie, á falta de coche. Horribles caminos vecinales, vergüenza de esta rica Normandía, bloques de roca por pavimento, baches profundos hasta el cubo de las ruedas, y en otras partes malezas hasta las piernas ó arena hasta las rodillas. Hacia las seis apresuré el paso. Un carretero que regresaba cargado de lino me había avisado que á las siete el mar llegaría al camino. El espectáculo era hermoso. Cuando llegué junto al mar, me hallaba en una colina. Veía ante mí una inmensa llanura labrada antiguamente por las olas y cubierta de grandes oleadas de tierra, como si el Océano la hubiese formado á su imagen. Por toda aquella llanura verdeaba un césped fino y escaso, que iban pastando algunos carneros flacos. En el fondo estaba el mar, que aparecía surcado por delgadas arrugas, rápido, invadiendo el suelo con extensas charcas. A mi derecha se extendía, hasta perderse de vista, una serie de colinas y de matorrales. A mi izquierda, en una altura cortada bruscamente por el mar, el campanario almenado de

Port-Bail se difumaba entre unos vapores grises. Una gruesa nube apoyada con firmeza en el sol poniente, dejaba brotar rayos de todas partes como el agua al rededor de una esponja. El camino estaba libre todavía. Abajo, en la hondonada, un jinete, á caballo de un saco lleno que le abría las piernas, se apresuraba por llegar al pueblo antes que el mar. Yo hice lo mismo. Y en el momento que entraba en la población, el oleaje me mojaba los talones.

Al tiempo que entraba, un grupo de aldeanos hacía gran ruido en un rincón entre dos muros. Había una miserable criatura tuerta, raquítica y harapienta que lloraba dolorosamente. Las mujeres parecía que la arengaban. Aquella pobre niña era epiléptica de nacimiento, paralizada de medio cuerpo desde la edad de diez años y tuerta desde los diez meses; y la miseria por encima de todo. Hace diez años yace en cama.

Hoy había salido de su zaquizamí mientras sus padres estaban en el campo, y aprovechándose de su ausencia para arrojarle al mar. Aquellas mujeres se lo impedían. No he visto en mi vida mayor desesperación. La pobre niña, horrible aparte todo, no es tan grande como Didina. Yo le he preguntado su edad. —Quince años, buen señor, me ha dicho una de las mujeres. Y la ha interrumpido con acento iracundo, mirando sus mezquinos miembros: —Tengo diez y seis años. Yo le he dado algún dinero, diciéndole que tuviera esperanza, que Dios bondadoso estaba con ella. Me ha agradecido más mis buenas palabras que el dinero. Por lo demás, parece que no es la primera vez que evitan que se ahogue. De vez en cuando la encuentran que va hacia el mar, á la hora que la marea sube.

Cuando he llegado á Barneville, el sol había transpuesto completamente, algunos hermosos árboles de tinta se recortaban sobre el cielo de plata del cre-

púsculo, y el mar imitaba el ruido de los carruajes de París. Yo no sabía entre aquella obscuridad dónde encontrar un asilo; pero, al fin, gracias á la Providencia, aquí me tienes, en una mesa cualquiera, desde donde te escribo, Adela mía. Y escribo también á los niños. Diles que me escriban todos, hasta Dédé (*á Caén, lista de correos*). Os abrazo á todos, ángeles míos, y á tu padre y á Martina, y doy un apretón de manos á todos los que os quieren.

Tu Víctor

Si llegan para mí cartas urgentes, responde dos líneas: que M. Víctor Hugo estará ausente por otros quince días.

Santa Madre Iglesia, 5 de julio.

Llego rendido de fatiga, amada esposa; he encontrado á Nanteuil que me esperaba en Cherburgo. Como hemos querido visitar toda la costa hasta aquí y no hay camino alguno, hemos hecho todo el camino á pie, y estamos cansados.

Tengo mil cosas que decirte; pero hoy es tu carta la que me ocupa, tu carta que me ha dejado una triste impresión. Me abruma la idea de que nuestro amado y pobre pequeñuelo está más enfermo. Voy á apresurarme á volver para verle, á mi *Totó*, tan simpático y tan bueno. Espero encontrar en Caén una carta tuya que me tranquilice acerca la salud de mi hijo; bésale cien veces por mí y háblale mucho de mí, lo mismo que á los otros.

Y, además, Adela mía, me dices en tu carta que estás algo triste, y la idea de que estás triste ahí, me impide aquí cualquier otro sentimiento que el de la tristeza. Nunca sabrás hasta qué punto te amo realmente, mi buena esposa. Si vieras lo que hay en el fondo de mi corazón, creo que serías dichosa.

En Barfleur, ayer, Nanteuil y yo quisimos dar un paseo de noche por mar. El alcalde, un ser estúpido, llamado M. Salé, se opuso. Furioso, he ido esta mañana á Valognes con Nanteuil, y he hablado al subprefecto, M. Clamorgan; y he hecho dar un rapapolvo al alcalde, quien me escribirá una carta de satisfacción. Además, el subprefecto, que ha estado muy amable, ha querido que bebiéramos su vino de Champagne, y quiso invitarnos á comer y á visitar las ruinas

romanas con nosotros. Pero nos hemos excusado como hemos podido; mas sin poder evitar la visita á la biblioteca, cuyos manuscritos me ha hecho hojear (y los hay verdaderamente interesantes), al colegio, donde me han presentado á los profesores, etc., etc. De todos modos quedé completamente indemnizado. El director, en recuerdo de mi visita, me ha pedido un día de asueto que yo he concedido, como puedes imaginar, en medio de las aclamaciones de esos pobres diablillos que en este momento me adoran. Se han puesto á jugar incontinenti, y mientras me paseaba absorto bajo los muros del colegio, oía sus gritos de alegría que me producían mucho bien; á consecuencia de lo cual pido también al abuelito un día de asueto para mis queridos pequeñuelos el día que llegue esta carta.

Has olvidado enviarme la carta de mi Didina que me anuncias. Hasta pronto, mi buena esposa. Estoy ya de regreso. Cuento con una buena carta tuya en Caén. Te beso ambas mejillas, tan frescas y tan dulces, y, además, te quiero mucho.

V.

Nanteuil me encarga te ofrezca sus más respetuosos afectos.

Troane, 5 de julio de 1836.

Adela mía, voy á escribirte, corriendo, una línea por el correo que va á salir. Tengo empezada una carta muy larga que no tendría tiempo de acabar. La recibirás la próxima vez, pues es la continuación del relato de mi viaje.

He leído tus dos buenas cartas y las de mis queridos niños. Adela mía, no quiero que estés triste, ¿lo oyes? *Yo no puedo ser dichoso si tú no eres dichosa.* Si estos viajes te entristecen, no viajaré más. Después de todo y ante todo, tú eres mi siempre adorada Adela.

Didina, Totó y Dédé me han escrito unas cartas muy bonitas, pero espero la de mi Charlot. Escribe-me en adelante á Gisors. Me haré mandar las cartas que podrían llegar á Caén, como hice en Cherburgo.

He visto con inmensa alegría que nuestro querido pequeñuelo va mejor. Es preciso que sea valiente como un hombre, que se cuide y se deje cuidar. Y así le querré, díselo. ¿Lo oyes, mi Totó?

Mucho me satisface que la fiesta de tu padre haya transcurrido con alegría. Espero que el año que viene seré de la partida. Pienso mucho en él en medio de las hermosas cosas que veo, pues sé que disfrutaría como yo.

Di á mi Didina y á Dédé que hoy he pensado en ellas en la capilla de Nuestra Señora del Remedio. Había algunas pobres mujeres de marinos que oraban de hinojos por sus maridos que corrían los riesgos del mar. Yo también he orado, sin arrodillarme y sin

cruzar las manos, es cierto, con el tonto orgullo de nuestros tiempos; pero desde lo más profundo de mi corazón he orado por mis pobres y adorados hijos, embarcados hacia un porvenir que ninguno de nosotros conoce. Hay momentos en que la oración acude á mis labios. Yo la dejo venir y doy por ello gracias á Dios.

Me avisan que va á cerrarse el buzón. Sólo tengo tiempo de abrazarte, y á todos los que te rodean también, *desde lo más profundo de mi corazón.*

V.

Del 15 al 18 estaré en París.